

# Mitologías

por Francisco Umbral



## Areilza

Quizá toda la movida democrática de cinco años sólo haya servido para eso: para que Areilza salga presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa en Estrasburgo, que no es poco.

Teníamos dos posibles columnas de penetración en Europa, cuando matamos al difunto de muerte natural: la derecha civilizada y la izquierda civilizada. Pero la derecha civilizada se convirtió en seguida en derecha asilvestrada, que recorría la casa pegando gritos, de Fraga al plazaorientalismo.

Y, en cuanto a la izquierda civilizada, quedó, en los pactos de la Moncloa, como el toro burlada, como el toro. Que dijo Miguel Hernández. Ahora me cuentan que Felipe González tiene muchas depresiones. Cómo no va a tener. Tiene la depresión del que se iba a acostar con la Historia y al final, la Historia, como una puta de la Gran Vía, se le ha ido con su señor preautonómico de provincias. Felipe no lo ha podido hacer peor. Por la esperanza de mandar ha perdido la oportunidad de vencer.

Y en mitad de todo este cirio, José María de Areilza, que también ha tenido sus vaciles, claro, y que ha llegado al increíble consorcio con Fragabárne (lo cual le ha obligado, en alguna ocasión, a abandonar el escenario tras algún discurso «mirando a los cuarteles», de su jefe de fila). Pero Areilza es y era el hombre que tenía que haber encabezado la columna de la gran derecha civilizada que penetrarse como una cuña en una Europa de derechas, que nos quería democráticos, pero sin pasarse, tíos.

Algunos festivos por la mañana, en el campo, me despierta el conde al teléfono. El conde está en un pueblo vecino y su saludo matinal y telefónico me recuerda aquella frase de Proust, cuando la sociedad snob empezaba a beneficiarse del invento de Graham Bell:

— Hoy me apetece telefonar.

Como un personaje del mundo

de Guermantes a la madrileña, el conde de Motrico se conoce que algunas mañanas «le apetece telefonear», así dejando el verbo en intransitivo, telefonear en general, y, entre otros, me telefonea a mí, que tan lejos estoy de él políticamente, y tan cerca topográficamente, ya que, como digo, nuestros pueblos se tocan, o casi.

Revistas como INTERVIU, periódicos como *El País* y demócratas como el conde justifican una guerra civil de los votos. Ya sabemos los españoles lo que es la

democracia, ya hemos probado el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y ahora viene la serpiente trilateral con gorro de cosaco a acojonarnos un poco, y luego viene el ángel del Paraíso con cara de *Tejero* y espadón de *Pavía* en llamas, a echarnos a la puta calle, a arrojarnos hacia las tinieblas exteriores/interiores de un nuevo oscurantismo.

En días así, cuando toda nuestra Historia zozobra como una catedral gótica reflejada en el río, la llamada del conde, aunque sea protocolaria, le lleva a uno a la

más callada meditación sobre lo que pudo haber sido y no fue, porque la vida es un bolero.

Una izquierda unida (qué pronto ha llegado Mitterrand al poder, en cuanto se ha establecido un mínimo acuerdo —precario— con los comunistas), habría logrado, allá por el setenta y siete, unas movilizaciones de masas fluidas y espontáneas y habrían tenido la revolución pendiente e incruenta que seguimos necesitando por los siglos de los siglos, amén *Jesús*. Pero la izquierda «se dejó abusar» por Suárez en el picadero de la Moncloa y la derecha empezó a rearmarse moralmente, a la sombra de otras armas todavía hospitales y siempre letales: terrorismo/golpismo/fascismo.

José María de Areilza llega a Estrasburgo, quizás, demasiado tarde, cuando la España que él puede vender mejor que nadie en Europa, va siendo ya una España impresentable. En cuanto al renovado prestigio que su cargo internacional puede darle en el interior, sin duda le ayudaría mucho para convocar a la derecha de rostro humano en unas próximas elecciones, pero uno se pregunta si va a haber próximas elecciones. Porque a la derecha salvaje, asilvestrada, épica y pseudolírica, no se la combate desde la izquierda —eso sería otra vez la guerra civil—, sino que se la aísla, anula o disuade desde otra derecha razonable, civilizada, progresista, aseada, culta, interlocutora y europea.

Nadie ha visto aquí esto tan sencillo. Lo del terrorismo es casi un problema militar. Pero lo del francofascismo que ha venido deteriorando la convivencia democrática, es un problema psicológico, más sutil. Las inmensas clases medias y las aristocracias beligerantes o caballerías andantes, necesitaban, no un visionario plazaorientalido ni un dictador civil con tirantes, sino un conde entre *Saint-Simon* y *Bradomín*, o sea, Areilza. Sólo Areilza podría haber pastoreado a la gran derecha, que ahora está ya definitivamente y peligrosamente asilvestrada.

